

---

## Académico / vulgar (Discurso)

**Román Reyes**  
*Universidad Complutense de Madrid*

---

La proclamación del discurso académico frente al discurso vulgar supone la legitimación previa del «matiz» que los diferencia y que va necesariamente a conceder al primero un plano preferente respecto al otro.

El discurso académico es el resultado de un sistemático (pseud) entrecomillado del discurso vulgar, aunque se haga necesario someter a un proceso de reconversión semántica los términos y proposiciones del lenguaje ordinario. El discurso académico dice *lo mismo* sugiriendo lo *no-otro*, la visión inalcanzable, la justificación del absurdo. Por eso se siente con capacidad y en la obligación de cuestionar reiteradamente *lo evidente*.

Con ello se consigue ese ineludible autorreconocimiento de ciertos hablantes que entonces van a convertirse en «hablantes exponenciales». Su privilegiada posición les otorga una visión pan óptica de lo real que convierte en forzada la situación de todo aquel que *esté a la escucha*, espectadores, en definitiva, de un teatro del absurdo que en solitario representa un acreditado *mensajero* del sistema académico dominante.

La dicotomía se instaure de nuevo: lo uno -cerrado, perfecto- y/o lo otro -abierto, imperfecto-, texto y/o contexto, plano y/o margen. Estamos por ello autorizados a hablar *desde* lo otro *hacia* lo uno, etcétera.

Se fijan así lenguajes que sancionan frente a lenguajes que marginan: el acto marginante -el ejercicio amplio, plural y multiforme de una función de privilegio- legitima el uso de un determinado lenguaje sólo «para iniciados».

La «vulgaridad» se hace carne *en* el discurso académico, es decir, lo cotidiano deviene *intemporal* creando un lenguaje inmóvil, acrílico y dogmáticamente *referente* de cualquier acto existencial que pueda registrarse.

El discurso vulgar se defiende -haciéndose en cierta medida impenetrable- de incursiones no integrables: intuitiva *resistencia* a su reestructuración violenta y a la del consiguiente *orden de los objetos* al que remite.

El discurso académico instaure un *nuevo orden de palabras* que fuerza la constitución de un *nuevo orden de cosas*, un orden que ha de ser legitimado por el generalizado *uso* del nuevo discurso. Esto significa una *forzada/nueva situación* de los hablantes frente a *sus* objetos cotidianos.

Es normal que se active entonces aquella «legítima resistencia» que no otra cosa defiende que esa peculiar y legendaria *conquista del espacio a nombrar* del *orden fijado*. y ello supone hablar de la historia de una cultura, de un viejo cuento que aún sigue siendo útil.

El discurso académico *desequilibra* el *consenso vulgar*: los agentes desequilibrantes se distancian de los sujetos desequilibrables, que a su vez lo son -lo sufren y asimilan su remodelación- a *diferentes niveles*. El discurso político *simula* el discurso vulgar y sirve de puente entre éste y el discurso académico en el que dice legitimarse.

Lo uno es lo *sagrado* -está oculto, secreto, en cualquier parte-, mientras que lo otro es lo *profano* -se manifiesta en cualquier parte-. El discurso académico *sanciona* lo que indaga, cuestiona el discurso vulgar. La san- ción *clausura* la génesis racional de lo real.

El discurso vulgar es un conjunto de *pre-nociones*. Aún es posible la revisión, el cambio, la mejor *adecuación* del discurso a la experiencia, de la teoría a la realidad. El discurso académico es un conjunto de *nociones*. Se fija una casuística, un *corpus* doctrinal, una *summa* racional, pseudo-laica, «obligada» referencia -como proyecto y como meta- del discurso vulgar.

Un *discurso de vida* en lucha contra un *discurso de muerte*, situados más acá de la razón el primero, más allá de la vida el segundo.

La (pseudo) vulgarización del discurso académico funda la falacia, la demagogia y la pérdida racional de referencia: el discurso académico es propiedad de «selectas e iniciadas minorías»; los sabios, los profetas y los héroes/dioses. Éstos hablan de la vida, de *lo real*, antes de experimentar aquello de lo que hablan.

Por eso, en el académico, el universo de su discurso es *cerrado*, mientras que, en el vulgar, el universo de su discurso permanece siempre *abierto*.

La dimensión sorpresa y el derecho a soñar forzando una vida más acorde con nuestros deseos, más cercana a lo que estimamos sean nuestras necesidades, es patrimonio del hombre de la calle, ese que a diario *corre el riesgo* de invertir el orden de su discurso porque cree que se ha invertido el orden de las/sus cosas entorno.

Si el discurso académico fuese lo suficientemente flexible como para asimilar *a su tiempo* las transformaciones del discurso vulgar, podría ser útil a ese discurso bisagra, el político, sirviendo de puntual conciencia crítica -digno oficio de científico- para que sólo se hagan las lecturas que mejor convengan ante el complejo *plan normalizador* -oficio de político- de la realidad entorno.

---